

# PROHIBIDO PATEAR EL TABLERO

**POR JUAN CARLOS MARADDON. FOTOS DE SEBASTIÁN CÁMARA. A la sombra de los árboles que acompañan el cauce de La Cañada, se erige uno de los paradores urbanos más insólitos de Córdoba. Refugio de solitarios sin remedio, ofrece sus piezas de ajedrez para que alguna vez puedan sentirse triunfadores aquellos que hace tiempo perdieron la partida.**

66

Puede pasar un carro de bomberos ululando de manera atronadora. Puede sonar al máximo de su intensidad el silbato de un inspector municipal. Pueden estallar en la tele la pantalla roja y la marchita de Crónica TV. Puede desandar la vereda la cordobesa más linda del mundo. Nada de eso será suficiente para distraer la atención de los parroquianos en Las Tipas. Con la vista clavada en el tablero de ajedrez, compartiendo un vino y una picada, los hombres que habitan este bar parecen vivir en una dimensión paralela.

A la vera de La Cañada, en el triángulo que encierran la primera cuadra de Bolívar por un lado y la calle Deán Funes por el otro, frente a una hilera de los árboles que le dan nombre, este insólito rincón de la ciudad le devuelve a muchos transeúntes la indiferencia con la que ha sido tratado. El hormiguero urbano se enfrasca en sus ires y venires, mientras en las mesas de Las Tipas la vida discurre con un ritmo diferente y una filosofía más ontológica y menos pragmática.

Cabría aquí citar a Borges en la profundidad de su poema sobre el ajedrez. Sin embargo, fue el rionegrino Alejandro González Foerster quien ambientó parte de su novela *Un señuelo para Sandes* en este local. La ficción sirve

en este caso para hacer más evidente la existencia de un espacio real.

Hasta que llegue la bandeja con el pedido, está permitido divagar sobre las más exquisitas cuestiones de la física y la metafísica. También sobre el partido de anoche o sobre el servicio de transporte urbano. Lo que no se puede, por razones obvias, es patear el tablero.

## DESVELADOS

Una lata de Speed, un atado de cigarrillos, dos vasitos de ginebra, un par de teléfonos celulares y las fichas negras y blancas. Son algunos de los elementos que ocupan la superficie de la mesa. En un extremo y el otro, los jugadores despliegan una coreografía de movimientos de brazos y dedos, mientras el resto del cuerpo permanece estático. Llevan horas, días, semanas, años disputando esa partida. Los ojos viran hacia el rojo por culpa del alcohol y el no dormir, pero nadie se queja por eso. Es algo habitual.

Sentado frente a un pocillo de café, me transformo en un cómplice de las ceremonias secretas que conforman la rutina del lugar. Sin embargo, no dejo de ser un extraño. Yo sé que en algún lugar hay una casa que es mi casa. Los hábitos de Las Tipas, en cambio, han alterado el orden de los factores: para ellos, no hay mejor hogar que estas mesas, no hay mejor familia que estos compañeros de obsesión. Las historias que se cuentan en el bar tienen nombres, apellidos y





seudónimos. Pero las denominaciones no vienen al caso. ¿A quién le importa saber cómo se llama el que fue echado de su casa por haberse quemado una indemnización en el casino? ¿Quién quiere saber el apellido ilustre del patriarca que recorre las mesas y reflexiona sobre los grandes temas de la humanidad? ¿Quién me obligará a develar el sobrenombre del que transitó con su Falcon sobre las vías del tren, hasta que antes de llegar a Casabamba tuvo que retroceder porque le advirtieron que a lo lejos venía humeando una locomotora?

El tiempo se encargará de borrar los recuerdos de rostros y datos filiatorios, para que tan sólo persista la leyenda. La del ex gerente que duerme en un colchón viejo sobre el piso de la trastienda. O la del que comparte unos whiskeys con Dyango cada vez que el cantante catalán es contratado para actuar en Córdoba. Esos serán los pocos nombres que sobrevivirán a lo largo de los años. Los de las celebridades que recalaron en ese asilo de almas perdidas. Se menciona a Carlos Bilardo como uno de los que buscó en Las Tipas un jaque mate, con la misma pasión de aquellas finales contra Alemania. Y se habla de que hace 17 años, en una madrugada como tantas, Peter Gabriel se sentó allí con su inglesa flema, para curiosear el interior de un espacio tan pintoresco de la ciudad.

Y es que la categoría de los curiosos abarca a muchos de los que se aproximan hasta el lugar sólo para asomarse a esa realidad paralela, en la que las cuadrículas del tablero son el

eje alrededor del cual giran la desolación y la desesperanza. Gente que no juega, que mira las partidas y maquina en silencio las infinitas jugadas que podrían realizar los contendientes, y las consecuencias que esas decisiones podrían deparar. Gente que conjuga en modo potencial lo que otros ponen en acto.

*"Yo les pido que se bañen, que se cambien,*

*que algún día vengan con una novia y me la presenten. Pero nada..."*, me dice la chica detrás del mostrador. En este universo puramente masculino, la higiene no tiene prioridad. Y el amor es un objeto suntuario. El reloj avanza sin conmovir a nadie con su tictac. Por más que los minutos pasen, nada que sea realmente importante va a cambiar. 🕒

**Este insólito rincón de la ciudad le devuelve a muchos transeúntes la indiferencia con la que ha sido tratado. El hormiguero urbano se enfrasca en sus ires y venires, mientras en las mesas la vida discurre con una filosofía más ontológica y menos pragmática.**

